

El Historiador y el Héroe.

III

Vamos á departir en razón y buena ley, Sr. César Cantú, como sinceros amigos, que es vd. de sobra ilustrado para sentir ofensa en la contienda nobilísima de las ideas, pues no hay falta del respeto que me merece, sino muy grande honra que me adjudico, en romper una lanza sin visera y sobre campo abierto con tan excelente y distinguido caballero.

Y à punto he venido de confesarme deudor á su enseñanza de muchas cosas buenas, que antes de estudiar su magna obra no sabía. Vd., con Alfieri y el ilustre venerable Manzoni, amigo cariñoso de otros tiempos, han formado sin saberlo mi gusto literario que alguna predilección he tenido por las letras italianas sobre las españolas, aunque, à decir verdad, estas no las van en zaga por sus reconocidas condiciones de grandeza y galanura. Tal vez encuentre una explicación sencilla á causa de mis aficiones en el cultivo de la lengua

latina, que hice allà por los primeros años, conociendo antes á Virgilio que á Jorge Manrique, delante á Horacio de Melendez Valdés, primero á Terencio que á Calderon de la Barca y à Xenofonte anticipadamente á Mariana.

Mas cualquiera que sea la explicación del caso, finco el hecho, que en odiosa y malaventurada ingratitud incurriera, callando los trasportes inefables à que me ha llevado en los más instructivos y deliciosos ratos registrados por la memoria, su muy elegante y vigoroso estilo.

Ya vé que por amigo le reconozco à solas platicando largamente con su magnífico libro, en memoria grata de su noble fisonomía, àun llena de juventud, allà cuando apenas había yo cumplido diez y nueve Marzos, que sin poderlos parar volaron como alegre sueño, tuve la dicha de verle y cruzar un saludo en la cãsa del insigne autor de *Los prometidos esposos*.

Vamos à departir amigablemente y nada importa que se le haya borrado aquel recuerdo fugaz à través de tan largos años, durante los que yo, viajero errante, solo encuentro con apurada congoja en el camino azaroso, tumbas sombrías de los sères queridos.

Vamos à departir amigablemente, y à guisa de prólogo indispensable al estudio que me prometo proponer à su erudición grandísima sobre el significado trascendental de la lucha con el imperio, necesito decirle en frases precisas, quién era D. Benito Juárez, al que

vd. tan deplorablemente desconoce, y que fué sin embargo, la personificación genuina del movimiento liberal en un pueblo nacido ayer à la vida política, pero llamado à llenar un destino de primera importancia en la historia futura.

No nació D. Benito Juárez como nosotros al amparo de un padre de posición elevada, con mas de seiscientos volúmenes de biblioteca escogida.

Hijo del pueblo, se procuró por sí mismo aquella instrucción raíz y cimiento de la vida intelectual del hombre, luchando con toda clase de apuros y sometido à las privaciones más duras. Sin títulos de hidalguía ni tradiciones heráldicas, por su propio esfuerzo como Franklin, construyó su escudo, el mejor de todos los blasones con dos cuarteles de nobleza: la constancia del sacrificio y la virtud del trabajo.

Víscera respiratoria del pueblo, en él funcionaron sus pulmones.

No pudo distraer su atención con divagaciones estudiando à los griegos y latinos, agitado en un ejercicio de actividad incesante, sin espacio màs que para tener un solo punto de vista, puesto en la necesidad imperiosa de vivir por cada momento.

Se abisma la razón ilustrada, cuando retrocede à considerar los inauditos apuros del hombre primitivo, acosado de los más enormes peligros sin recursos para su defensa. ¡Oh! no se podían cantar himnos pastoriles

en aquellos tiempos de tremenda lucha, que atestiguan los tesoros monumentales del terreno cuaternario.

Los azarosos períodos de los pueblos en su primera construcción política, presentan como un remedo de aquellos terribles combates del hombre con las dificultades de la naturaleza, desvanecidos en la sombría noche de sus orígenes históricos.

Borrados en esa sombra los sacrificios de Juárez, los rayos luminosos del héroe no han podido llegar hasta los ojos de César Cantú.

Cuando los pueblos entran en formas orgánicas de instituciones políticas, hacen insensiblemente, impulsados por los intereses comunes, hábitos nuevos, y el arte de gobernar se convierte en ejercicio rudimentario.

El trabajo de organizar es siempre cruento y nada brillante; como el del albañil, que a la intemperie, adelanta palmo á palmo la obra del edificio.

Terminada la construcción de la casa, el hijo del obrero la engalana y magestuoso se acuesta.

De la propia manera, las generaciones se ostentan magníficas, aseguradas y engrandecidas por los esfuerzos oscurecidos y los sacrificios mal apreciados de aquellos que hicieron la construcción desnudos y al raso, en lucha con los diluvios y el huracán formidable.

Tal es la historia de D. Benito Juárez en la trabajosa labor de la Constitución liberal iniciada en el año de 1857, y sin pasar de ser mera fórmula, por toda clase de vientos combatida hasta la catástrofe del imperio.

Mas estos trabajos no se hacen sin extraordinarias condiciones propias y grandísimas virtudes.

¿Me quiere decir César Cantú cómo se traza el perfil de los héroes?

Mejor lo sabe que yo, él, que de mano maestra ha dibujado contornos como los de Arístides y Epaminondas; él, que antes de escribir la historia, obligado se ha visto á repasar el museo enriquecido por el valiente pincel de Tácito. Pero todavía no hay aquí un Washington Irving que haga el retrato perfecto del fundador de la libertad de México.

Un pueblo que es el cerebro del mundo, enardecido por la fiebre de la revolución, tuvo la audacia de decretar la victoria; hè ahí la Francia.

D. Benito Juárez, perdido en los bosques, ha tenido el arrojo de librar un decreto por cada derrota. Sin armas, sin ejército, sin fondos, amenazado de envidiosos y traidores, en los días de más violenta persecución, no ha pasado un solo instante los límites de la frontera. Desarmado y sin guardia de seguridad, ha presentado la cara impasible á todas las conjuraciones. Sus mayores peligros no fueron aquellos innumerables que pudo correr en la persecución, sino cuando ha tenido en su mano las riendas del gobierno. Ha sabido conjurar las tempestades de la oposición, llamando á su lado á los caudillos más notables y oscureciendo su persona mientras en funciones de Ministros planteaban sus programas y cuando gastados por sí mismos, la opinión pública los

rechazaba, la figura de D. Benito aparecía íntegra y más grande que nunca.

D. Benito usaba, por única arma mortífera y defensiva, una cota de malla debajo del chaleco, que era la integridad de su conciencia, la pureza de sus costumbres, porque sabía mejor que otro ninguno, que la honradez personal es la más impenetrable coraza de hierro contra los tiros injustos de la muchedumbre enardecida.

Así cruzaba solo las calles en medio de los tumultos del pueblo, sereno, reposado y silencioso; y bastaba su presencia para restituir la confianza à la población.

Estos respetos no se logran con medianas cualidades y condiciones comunes. Esta autoridad personal no se alcanza, sin que haya en el hombre algo de misterioso y profundo que manda tal influencia fascinadora en el público.

Todos los hombres esclarecidos y de mayores talentos en el país, pasaron à su lado por la prueba del gobierno, dejándoles hacer. Todos, ménos él, se gastaron, lo cual prueba una superioridad innegable.

César Cantù no ha podido estudiar estos importantes detalles à tan larga distancia, y menos padeciendo "hambre canina de noticias superficiales," puestas así en olvido sus propias fórmulas. Si al tratar los asuntos de México hubiera elevado la historia à CIENCIA SOCIAL, según su definición, se hubiese sentido "ménos ébrio de las ideas y más indulgente por los hechos," consejo queda à los demás, y para sí mismo, en esta ocasión, no aprovecha.

De modo enteramente distinto supo apreciar las condiciones del héroe el muy justamente célebre ministro americano, despues de haber recorrido las naciones de Europa y algunas del Nuevo Mundo, departiendo con reyes y emperadores, gobernantes y hombres de Estado, el cual dijo públicamente:—"Que Juarez era el hombre más notable que habìa tratado en su camino."

Algo tuvo D. Benito que sobrepasaba la medida común, y le daba calidad de hombre superior.

Esto es lo que por completo ignora César Cantù, porque tan malos informes y superficiales noticias ha tomado de esta tierra, que sólo ha podido ver en la más grande figura de México, un bullanguero de calle, capaz de poner en venta una parte del territorio de la patria, (à cuya defensa todo lo sacrificò) y en sus hábitos bajos de mercader, puso à subasta el cadáver de Maximiliano.

¿Qué rara preocupación ofusca la inteligencia de César Cantù? Ni ante la razón y la crítica encontraría disculpa si hubiera sido amigo de Maximiliano, lo cual desmiente en "Il Secolo de Milano," y debiera al difunto grandes favores, que rotundamente niega en el mismo periódico, porque aún así habria dado testimonio del más ostensible menosprecio, de aquel consejo de Polibio que tanto recomienda:—"No escriba quien no sabe tributar encomios à los enemigos y cargos justos à los amigos."—

¿Acaso no se podrá hacer un justo cargo à Maximiliano?

Bastaba reproducir las palabras que se atribuyen á Lerdo en el acto del reconocimiento oficial del cadáver: —“Este buen señor que tan bien y tan sosegado estaba en su casa, ¿por qué ha venido à buscarse desazones y darnos disgustos?—”

Preguntamos á César Cantú si tiene constestación está pregunta, que es la màs sencilla expresi3n del sentido comùn, el cual no puede estar á la greña con la raz3n de estado, sin que esa raz3n acuse un escarnio de los principios de justicia, un insulto á las leyes de la lògica y del buen sentido, un atentado á la integridad y seguridad de los pueblos, y una violaci3n evidente de la moral y derecho.

Pero hay de por medio una princesa demente, que por su calidad elevada no se pierde en esa sombra de infortunio que envuelve á los hijos ignorados de la muchedumbre, sino que su alta condici3n la coloca en la categoría de los ilustres infelices.

Pero si la sensibilidad nos aconseja librar al amigo de todo cargo justo, lanzando tempestades de insultos sobre el enemigo, la historia no puede ser una CIENCIA SOCIAL sino un EJERCICIO LITERARIO, contra lo que fulmina C3sar Cantú sus anatemas.

Y hemos llegado aquí dejando el misterio en pi3 en la oscuridad ese algo profundo, en las nebulosidades de la maravilla ese poder de fascinaci3n eso como cabalístico, que de dejarlo así, pudiera yo inferir á D .Beni-

to la ofensa, de haber hecho de su fisonomía el perfil de un nigromante.

No, tengo muy poca afici3n á la ideología; no estoy enamorado del mundo suprasensible; me causan tedio y entorpecimiento intelectual las divagaciones de Jacobi; me embrutece el “arte magna” de Raimundo Lulio; no sé consultar el signo del Macrocosmo; y me disgusta y parece asaz ridículo evocar los espíritus por conjuro!

D. Benito Juárez es un hombre, nada màs; perfectamente dentro de las leyes de naturaleza, sin ninguna condici3n divina, ni maravillosa. Mas he llegado hasta aquí sin decir todavía qui3n es.

Pero.....lo diré.
